

Robert M. CITINO: *En busca de la victoria decisiva. Del punto muerto a la Blitzkrieg en Europa, 1889-1940*, Zaragoza, Ediciones Historia Rei Militaris, 2021, 440 pp., ISBN: 978-84-17859-40-4.

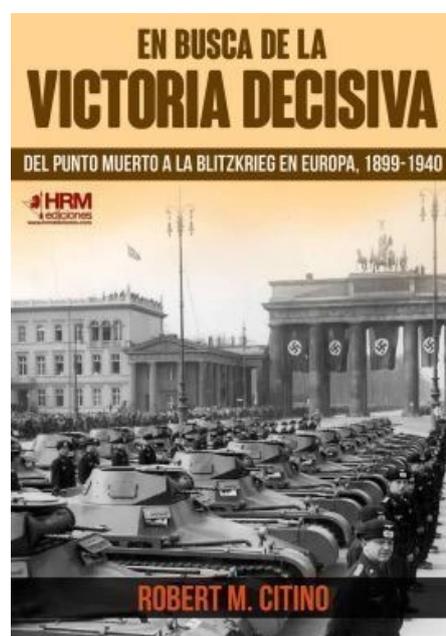
Antonio Muñoz Lorente
Archivos de la Historia

La creación de las doctrinas de la guerra moderna en Europa

El historiador militar Robert M. Citino (Cleveland, 1958) es autor de una serie de estudios sobre el arte operacional, especialmente centrados en las guerras de la Modernidad y en el modo de guerra alemán. Con un estilo claro y ameno, no exento de un punzante sentido del humor y de análisis innovadores, las monografías de Citino sobre la Wehrmacht constituyen una lectura obligada para todos los interesados en el desarrollo del arte de la guerra. Citino domina un amplio abanico de lecturas sobre el tema, lo que se traduce en suculentos pies de página sobre bibliografía que ya justifican la compra de sus libros.

En los últimos años varias editoriales españolas han publicado obras de este autor.¹ Faltaba, sin embargo, la obra que, en cierto modo, es el estudio seminal de uno de los objetos de atención de este historiador: el callejón sin salida operacional al que los ejércitos modernos llegaron tras el aumento de la potencia de fuego de las formaciones militares, que hacía prácticamente imposible sentenciar un conflicto bélico con una victoria decisiva.²

A partir de la década de 1850, la combinación de industrialización y ejércitos populares (la *levée en masse* de la Revolución francesa) da origen a un nuevo tipo de guerra, la guerra de masas o industrial. Este despliegue de poder pudiera parecer la panacea para los generales, pero paradójicamente constituye más un obstáculo que una ventaja. Los mosquetes de ánima rayada multiplican el alcance de las armas, los fusiles



¹ *La muerte de la Wehrmacht*, Barcelona, Crítica, 2009; *La Wehrmacht se retira: luchando una guerra perdida*, Málaga, Salamina, 2014; *De la Blitzkrieg a Tormenta del Desierto. La evolución de la guerra a nivel operacional*, Málaga, Salamina, 2015; *El modo alemán de hacer la guerra*, Málaga, Salamina, 2018.

² La edición original, *Quest for Decisive Victory: From Stalemate to Blitzkrieg in Europe, 1899–1940*, fue publicada en 2002 por University of Kansas Press. La edición española de HRM incluye un prólogo del autor especialmente escrito para la ocasión.

de retrocarga aumentan la cadencia de tiro, la artillería de tiro rápido y las ametralladoras convierten los asaltos tradicionales en campo abierto con formaciones cerradas en brutales carnicerías. A partir del periodo de 1850-1860, las guerras se dilatan en el tiempo, consumen inmensas cantidades de recursos de los beligerantes, necesitan de la movilización de enormes cantidades de hombres y, sobre todo, suelen finalizar con un resultado indeciso. El espejismo de la batalla decisiva del periodo napoleónico se disuelve. Inkerman, Magenta o Solferino degeneran en matanzas estériles, hasta el punto que el suizo Henri Dunant, presente en esta última, crea la Cruz Roja para atender a los heridos sin distinción de bando. En el nuevo campo de batalla, el fuego de artillería obliga a la infantería a cavar: “el campo de batalla se vacía”. Las trincheras no son un invento del Somme o Verdún. Después de un primer periodo de grandes batallas campales, la guerra civil americana se convierte en una contienda de largos asedios; la guerra ruso-japonesa (1904-1905), considerada por algunos estudiosos una “Guerra Mundial Cero”,³ ve un largo asedio como el de Port Arthur, en el que la infantería japonesa se estrellará contra los bastiones rusos una y otra vez.

Muchas de las batallas de esta época son también historias de confusión y “niebla de guerra”, a causa de la incapacidad de los comandantes para controlar ejércitos masivos. Los ejércitos pueden dispersarse para maniobrar y atrapar al enemigo en una batalla decisiva, pero eso hace que aumenten los problemas logísticos y de control. El telégrafo favorece al defensor, que dispone de una red intacta, mientras que el ejército que avanza depende de aparatos de radio, todavía escasos y primitivos. El sueño del control centralizado siguió siendo eso, nos dice Citino, un sueño. Por si fuera poco, el alcance de las armas de fuego impide ahora a la caballería efectuar buenos reconocimientos, lo que deja a ciegas al atacante. Como escribe Citino: «La tecnología estaba empujando la dirección de la guerra en dos sentidos contradictorios, hacia un control centralizado mayor, por un lado, y hacia la necesidad de descentralización y flexibilidad, por otro.» (p. 44) La guerra, pues, se había convertido en un asunto mucho más complejo que en cualquier otro momento anterior de la historia. El general no solo debía ser un líder carismático, sino también un planificador cuidadoso y conocedor de todos los aspectos de la guerra.

El estudio de Citino comienza con una imagen general de la transformación de la guerra entre 1850 y 1900, el colapso de la doctrina napoleónica, acompañado del retrato de dos pensadores militares con doctrinas diametralmente opuestas. Por un lado, Jomini, que como hijo de la Ilustración considera la guerra como un arte que puede condensarse en principios científicos aplicables a cualquier situación; por el otro, Clausewitz, que como producto del desengaño romántico hacia el progreso y la ciencia ve la guerra como una especie de organismo fluctuante y vagamente aprehensible, la

³ Véase, VV. AA.: *The Russo-Japanese War in Global Perspective*, 2 vols., Leiden, Brill (History of Warfare), 2005.

«provincia de la incertidumbre y la fricción» (p. 36). Su *De la guerra*, publicado en 1832, es todavía uno de los textos militares más citados (y malinterpretados) de la historia.

Otro prusiano, Helmuth von Moltke, se convirtió en el pensador militar más decisivo del último periodo del siglo XIX. Su dirección del estado mayor prusiano contribuyó de manera decisiva a las victorias sobre Dinamarca (1864), Austria (1866) y Francia (1871). Tres son las constantes del arte de la guerra de Moltke: primera, la planificación del despliegue inicial, para aprovechar al máximo las posibilidades del ferrocarril; segunda, la preferencia por las maniobras de cerco mediante cuerpos que, después de marchar por separado, convergían a una orden para combatir conjuntamente; la tercera, la concepción de la guerra como un sistema fluido, en el que las órdenes debían esquematizarse al máximo para que el oficial sobre el terreno tomara las decisiones más apropiadas. Este fue el origen del concepto de *Auftragstaktik* (táctica de misión, del alemán *Auftrag*, misión) Al disponer de un oficial de estado mayor con educación y entrenamiento idénticos para asesorar a cada comandante de ejército, los prusianos se aseguraban un control más unificado de la doctrina de mando.

Una de las mejores aportaciones del libro es la descripción de las “guerras pequeñas”, menos conocidas para el lector, pero que ilustran perfectamente la serie de problemas que se encontraron los ejércitos del periodo y las soluciones a las que llegaron, con mayor o menor fortuna, para sortearlos: desde las derrotas británicas a manos de los tiradores bóers en Sudáfrica, pasando por la ya mencionada guerra ruso-japonesa o las guerras balcánicas de 1912-1913, verdadero preludio de Primera Guerra Mundial.

Todas ellas mantuvieron intacta a ojos de los analistas la pregunta esencial: ¿cómo se ganan las guerras? ¿Si las armas de fuego siegan a los hombres a cientos, impidiendo los ataques decisivos, qué podía hacer un ejército para postrar al enemigo antes de que sus recursos en vidas se agotasen? Citino desmiente uno de los mitos habituales de la Gran Guerra: que las hileras de jóvenes enviadas al matadero frente a las ametralladoras y las alambradas fueron el producto de generales con una mentalidad del siglo XIX, incapaces de adaptarse a las realidades de la guerra moderna. Por el contrario, los generales de 1914 conocían perfectamente el poder letal de las armas, pero estaban convencidos de poder imponerse a ellas. Después de todo, muchas batallas en el periodo 1870-1914 habían dado el triunfo al atacante, aunque con terribles bajas. El nacionalismo con un fuerte énfasis en consideraciones darwinistas había conducido a una reflexión voluntarista sobre la guerra. Teóricos como Ardant du Picq creían que el impulso moral y la convicción patriótica de las naciones superiores podían triunfar sobre la cortina de balas. Esto les llevó incluso a despreciar las batallas de la guerra ruso-japonesa o de los Balcanes, pues se suponía que habían sido libradas por pueblos incivilizados.

No obstante, nadie había sido capaz de imaginar el resultado de un choque gigantesco de ejércitos de varios millones de hombres como el que tuvo lugar en 1914. En el periodo inicial de la llamada “fase de movimiento”, antes de que se instaurara el

sistema de las trincheras, se produjeron una cuarta parte de las bajas de toda la Primera Guerra Mundial. Después, la sangría continuó durante cuatro años, con avances de metros a costa de miles de vidas, hasta que el fracaso de las ofensivas alemanas del verano de 1918 inclinó la balanza hacia el bando aliado.

La Primera Guerra Mundial sería recordada como una negación absoluta de las operaciones, una situación contra natura que cualquier oficial debía rehuir a toda costa. Durante todo ese tiempo, el principal problema para el atacante no era alcanzar y ocupar la posición enemiga, sino en convertir la ruptura del frente en una penetración, es decir, poder explotar el éxito hasta destruir el dispositivo enemigo mediante el movimiento. Ambos bandos habían ensayado soluciones para “restaurar la movilidad”. Los alemanes crearon grupos de asalto especializados, los *Stostruppen*, que consiguieron grandes éxitos en 1917, coordinados con las nuevas tácticas artilleras de ruptura diseñadas por el coronel Georg Brüchmuller. Los británicos utilizaron un arma recién desarrollada, el tanque o carro blindado. Su primera operación de envergadura tuvo lugar en septiembre de 1917 en Cambrai, y aunque consiguieron inicialmente la sorpresa, eran demasiado lentos, propensos a las averías y vulnerables para tener un peso real en la ofensiva. Más efectivos fueron los 420 carros usados al año siguiente en la gran ofensiva británica en Amiens, que hundió el frente alemán y sí provocó una ruptura real.

Todos los ejércitos emprendieron en el periodo de entreguerras una reflexión sobre las enseñanzas de la Gran Guerra y cómo sería la guerra de futuro. El estamento militar estaba bajo el foco de la opinión pública, ya que las matanzas absurdas de las trincheras habían intensificado el pacifismo. El punto central del debate técnico de los militares era el papel que debía jugar la mecanización en la doctrina operacional. Mostrar las diversas soluciones al debate ocupa la tercera parte del libro de Citino, y se centra especialmente en las teorías de británicos y alemanes.

Los primeros son J. C. F. Fuller y Basil Liddell Hart. Fuller llegó a sostener que la infantería llegaría a desaparecer del campo de batalla, sustituidos por los blindados, operando como los caballeros de la edad media. La infantería solo sería una especie de policía de las posiciones ocupadas. Tal teoría no tenía el más mínimo sentido, pero estaba muy influida por el nivel de pérdidas de la anterior guerra, de manera que Fuller imaginaba un campo de batalla donde monstruos de metal chocaban entre sí y el bando ganador perseguía al perdedor hasta obligarlo a rendirse. Liddell Hart, el escritor militar más célebre del periodo, ofrecía una crítica a la forma de mando de la Primera Guerra Mundial. El objetivo de la estrategia era obtener una victoria al menor coste y el menor tiempo posible. Liddell Hart era partidario de lo que llamó “aproximación indirecta”, una estrategia para evitar la fuerza del enemigo y atacar su punto más débil. Las fuerzas mecanizadas, en combinación con el poder aéreo, eran las ideales para producir el efecto de choque sobre el punto flaco del enemigo y luego proceder a su envolvimiento o persecución, operando de forma independiente.

Gran Bretaña fue la primera en organizar grandes formaciones blindadas y en ensayar el mando y control de estas mediante la radio. Sin embargo, los británicos perdieron la ventaja que tenían sobre sus futuros rivales alemanes en la década de 1930. La Gran Depresión paralizó muchos de los proyectos militares por falta de presupuesto. Las necesidades de defensa del imperio británico de ultramar inclinaron la balanza hacia la Royal Navy y la RAF, abandonando al ejército de tierra, que quedó relegado al papel de “policía imperial”.

Los alemanes tenían otros problemas. Las condiciones del Tratado de Versalles habían reducido su ejército a 100.000 hombres. Los alemanes habían hecho un uso anecdótico de los tanques durante la Gran Guerra, pero a partir de 1930 se convirtieron en pioneros en el uso operacional de formaciones blindadas, las *Panzerdivisionen*. Aún en la actualidad constituyen el sello distintivo del ejército alemán de la Segunda Guerra Mundial. Lo que condujo a Alemania a la adopción de este modo de guerra no fue un rasgo particular de modernidad, sino el hecho de que sus oficiales ya disponían de una doctrina operacional ofensiva, agresiva, basada en el movimiento, el cerco y la autonomía de los oficiales sobre el terreno. «Los alemanes veían la mecanización como un modo para restaurar las posibilidades que Moltke había explotado tan efectivamente, pero que se habían convertido en algo cada vez más difícil» a partir de 1870 (p. 284). Los éxitos alemanes no se debían a la calidad o número de sus carros de combate, sino a la doctrina de armas combinadas en la que infantería, carros de combate y aviación se apoyaban mutuamente. El libro de Citino se detiene justo tras la gran victoria decisiva de las *Panzerdivisionen* en mayo de 1940 sobre Francia. Esta forma de hacer la guerra convenía a Hitler, pues su plan hegemónico pretendía vencer rápidamente y por separado a sus rivales principales, la coalición anglo-francesa en el Oeste y la URSS en el Este. En 1941 parecía que estaba a punto de conseguirlo, pero el poder de una gran coalición acabó por dar al traste con sus planes.

En definitiva, un libro esencial para conocer, de la mano de un gran maestro, la creación de las doctrinas de la guerra moderna, muchas de las cuales todavía siguen vigentes en la actualidad.